

Sentido antropológico de la medicina y del hospital. Parte 2

Anthropological sense of medicine and hospital. Part 2

Gonzalo Soto Posada¹

ISIDORO DE SEVILLA E HILDEGARDA DE BILGEN

Al acercarnos a estos dos pensadores medievales lo hacemos, no con una intención arqueológica de erudición y meros datos de paleógrafo, sino para hacerlos resonar en el aquí y ahora de nuestra situación. Isidoro consagra el libro IV de sus *Etimologías* a la medicina; no aparece para nada la idea de posesión diabólica ni exorcismo. En cambio, sí aparece la tesis de la medicina como ejercicio del *modus*, que es su etimología de medicina, ya comentada.

Modus es límite, moderación, equilibrio, evitar el exceso y el defecto, proporción, unidad de contrarios, medida, cadencia, templanza, cantidad razonable, consonancia, armonía. El santo ya lo sabía por sus contactos con el poeta latino Horacio: “*est modus in rebus: sunt certi et denique fines quos ultra citraque nequit consistere recto*”: todas las cosas tienen su medida y proporción. Los fines de todas ellas están determinados, de modo que su rectitud no puede estar más allá o más acá de este límite justo². Su estimado Agustín es un modelo para pensar este *modus*. En su *De vita beata*, Agustín lo determina como templanza y frugalidad. Cicerón le sirve al nacido en Tagaste y luego obispo de Hipona, para

determinar la esencia del *modus*: “*cada quien elija como quiera. Por mi parte, yo juzgo que la frugalidad, esto es, la moderación y la templanza, es la más excelsa de las virtudes*”³. Y agrega Agustín: “*La moderación proviene de **modus** y la templanza de **temperies**. **Modus** significa **medida, límite conveniente**. **Temperies** es **justa proporción, equilibrio**. Donde hay medida y proporción no hay exceso ni defecto, nada sobra ni falta. Aquí esta la plenitud*”⁴. En definitiva, el *modus* es el célebre “*nada en demasía*”⁵. Este “*nada en demasía*” es proverbial en la reflexión filosófica griega y cristiana.

Desde los sabios de la Grecia antigua, pasando por los presocráticos, siguiendo con Platón, Aristóteles, estoicos y Padres de la Iglesia, es una máxima que se repite como ideal del saber vivir bien: “*ne quid nimis, in medio stat virtus*”. Isidoro la aplica a la medicina: “*el nombre de medicina parece que viene a modo, de medida, templanza, pues no se emplea de una vez, sino poco a poco, pues la naturaleza sufre con lo mucho y se goza con lo mediano, de donde resulta que los que beben o toman antidotos y medicinas en cantidad suelen padecer enfermedades, pues todo exceso lleva consigo no salud, sino peligro*”⁶. Este sentido del *modus* tiene que ver con los remedios, la comida, la bebida, el modo de vestir, lo que

¹ Docente Facultad de Teología. Universidad Pontificia Bolivariana

Correspondencia: Gonzalo Soto Posada. Correo electrónico: gonzalosoto@une.net.co

Fecha de recibido: Marzo 1 de 2008

Fecha de aprobado: Junio 28 de 2008

² *Sátiras* I, 1, 106

³ AGUSTÍN DE HIPONA. *Sobre la felicidad* IV, 31. El texto citado por Agustín de Cicerón es de: *Pro Deiotaro*, 26

⁴ *Ibid* IV, 32

⁵ *Idem*.

⁶ *Etimologías* IV, 2, 1

defienda y proteja el cuerpo contra las heridas y agentes exteriores⁷.

Sólo por este *modus* se protege y restaura la salud⁸. Es, según Isidoro, lo que hacía Hipócrates y su escuela lógica de medicina: la conveniencia como moderación tiene que ver con la edad, región y síntomas de la enfermedad, indagando por sus causas⁹. De ahí su definición de la salud: *“la salud es la integridad del cuerpo y templanza de la naturaleza, proveniente de lo cálido y lo húmedo, que es la sangre, de donde se llama sanitas, como si dijéramos estado de la sangre, sanguinis status”*¹⁰. Esta integridad y templanza se logra por la mezcla bien balanceada de los cuatro humores: *“todas las enfermedades nacen de los cuatro humores del hombre, a saber: sangre, hiel, melancolía y flema. Ellos rigen la salud y de ellos proviene la enfermedad, pues cuando alguno de estos elementos aumenta más de lo natural produce una enfermedad”*¹¹. Poco importa lo de los humores; es la racionalidad de la época; lo que sí importa es que todos los elementos que conforman la naturaleza humana deben estar balanceados y proporcionados para que se de la salud; de lo contrario, viene la enfermedad. Armonía, proporción, mezcla adecuada, evitando excesos y defectos, tanto en la estructura del cuerpo como en la aplicación de medicamentos, es la regla de oro de la medicina. De ahí los axiomas isidorianos: ***contraria contrariis curantur, similia similibus curantur***¹².

El medicamento y sus propiedades, la enfermedad y sus síntomas deben ponerse en relación de armonía proporcionada para que la curación sea adecuada y conveniente y estar así a la altura de las circunstancias en forma kairológica, oportuna y pertinente; estos mismos axiomas valen para los alimentos: los cuerpos de los niños y jóvenes así como los cuerpos de los hombres y mujeres de edad perfecta tienen mucho calor interior, lo que hace que sea dañoso en estas edades tomar comidas que aumenten el calor; lo saludable son las comidas que tengan frío¹³.

Los ancianos, en cambio, cuya naturaleza es fría y su humor flemático en abundancia, deben ingerir comidas y bebidas que engendren calor, como los vinos viejos¹⁴. Esta relación de armonía también vale para las hierbas, plantas, animales y minerales y sus propiedades curativas: éstas deben corresponderse con las propiedades de las enfermedades para que la curación sea efectiva¹⁵. Esta moderación de la medicina la convierte en *“una segunda filosofía”*¹⁶. El santo ha definido al filósofo como *“el que tiene la ciencia de las cosas divinas y humanas y observa las reglas del vivir bien”*¹⁷. La idea del saber vivir bien como exigencia filosófica remite a la ética, la física y la lógica, como partes del quehacer filosófico¹⁸; la ética se ocupa de las costumbres¹⁹, la lógica aplica la razón a la

⁷ *Etimologías* IV, 1, 2

⁸ *Etimologías* IV, 1, 1

⁹ *Etimologías* IV, 4, 1-2

¹⁰ *Etimologías* IV, 5, 1

¹¹ *Etimologías* IV, 5, 3

¹² *Etimologías* IV, 9, 5-7

¹³ *Etimologías* XX, 2, 37

¹⁴ *Etimologías* XX, 2, 37

¹⁵ *Etimologías* IV, 10, 3

¹⁶ *Etimologías* IV, 13, 5.

¹⁷ *Etimologías* VIII, 6, 1

¹⁸ *Etimologías* VIII, 6, 3

¹⁹ *Etimologías* VIII, 6, 5

naturaleza y las costumbres²⁰ y la física se las ve con la naturaleza²¹; si el médico debe ser filósofo no puede dejar de lado la física, la ética y la lógica; su ciencia y arte en tanto ejercicio filosófico tiene que arreglárselas con la verdad de la naturaleza, la verdad de la vida buena y la verdad de la proposiciones. En todo ello debe brillar el *to métron* como ejercicio del *modus*, en tanto integridad armoniosa, conveniente y proporcionada entre su vida y su saber médico.

Pasemos a Hildegarda. Nace en 1098 y muere en 1179. Dejamos de lado sus experiencias místicas y los escritos respectivos para centrarnos en sus reflexiones médicas²². Para la docta santa, el hombre es un microcosmos dentro del orden creado, por lo que debe guardar una relación ética dentro de este orden, establecido por el Creador; de ahí las correspondencias macro y microcósmicas, a partir de las cuales, el hombre como mundo menor y el mundo como hombre mayor, entran en una relación de semejanza que permite los juegos de conveniencias, emulaciones, analogías y simpatías²³.

El libro consagrado a la medicina lleva este nombre: *Liber subtilitatum diversarum naturararum creaturarum*, dividido después de su muerte en dos títulos: *Physica* y *De causis et curis*²⁴. La medicina tiene que ver con el arte de vivir, respetando las relaciones cuerpo-espíritu-corazón-naturaleza circundante, respeto que produce vitalidad, alegría y paz. En esta relación debe entrar también Dios, causa profunda de la

salud ante la contingencia finita del ser humano; la correlación armoniosa hombre-mundo-Dios es la que produce salud y su desproporción.

La enfermedad; en este juego de armonía y desarmonía cumplen un papel clave los humores; el exceso de bilis negra, por ejemplo, produce la melancolía, la desesperación y la tristeza; si los humores se balancean adecuadamente o no el hombre goza de salud o enfermedad; si estos humores entran en relación conveniente con las cualidades y elementos cósmicos: húmedo-agua, seco-tierra, volátil-aire, templado-fuego, el resultado es la salud; si se transgrede esta armónica relación, el hombre viene perturbado y surge la enfermedad; respetar el orden es salud, violarlo es enfermedad; la regla áurea es entonces la moderación, la rectitud; todo exceso es dañino, tanto de sobriedad y abstinencia como de abuso: ayuno excesivo, silencio absoluto, mortificación exagerada, gula, embriaguez, lujuria, perturban el equilibrio armonioso del camino recto como moderación; sin sueño, ejercicio como el caminar, habitación y vestido adecuados, alimentación conveniente..., se pierde la proporción y se habita el mundo desordenadamente.

Una muestra de todo ello, la ve la mística en los alimentos: nutren, fortalecen y satisfacen las necesidades de la vida; un uso adecuado de los alimentos produce una sana digestión; hay alimentos que generan tristeza y otros dan alegría; los que generan tristeza, depresión, mal vivir son los que producen toxinas y bilis negra;

²⁰ *Etimologías* VIII, 6, 6

²¹ *Etimologías* VIII, 6, 4

²² Las obras de Hildegarda se pueden consultar en: Migne, Patrología Latina (PL), T. 197, c. 383-1124. Paris, 1882. Como fuente secundaria remitimos al fundamentado artículo de: SCHRADER, Marianna. *Hildegarde de Bingen*. En: *Dictionnaire de Spiritualité*, VII. Paris: Beauchesne, 1969, c. 506-522

²³ Cf. SOTO, Gonzalo. *La función de la semejanza en las Etimologías de San Isidoro de Sevilla*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana, 2001. FOUCAULT, Michel. *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI, 1968, especialmente el capítulo II: *la prosa del mundo*, p. 26-52

²⁴ Para acercarnos a este texto, nos han sido muy útiles los siguientes estudios: REINHARDT, Elisabeth. *Escritoras alemanas en la literatura religiosa medieval*. En: *Anuario filosófico* 26 (1993) 599-620. MIAJA, María Teresa. *Hildegarda de Bingen y el arte de vivir*. En: *Caballeros, Monjas y Maestros en la Edad Media*. México: UNAM, 1996, p. 221- 230

los que dan alegría, reavivan la inteligencia, la claridad de espíritu, la revitalización del cuerpo y el enriquecimiento del trabajo intelectual.

Alimentos como el trigo entero, el mijo, la cebada, dada su humedad, no enriquecen la sangre y la carne y sólo sirven para llenar el vientre y desparramar los humores; la col es fría, indispone y daña las entrañas; las fresas producen humores malignos, el arándano causa reumatismo, el durazno provoca flemas, la pera cruda da migraña y reuma, la ciruela excita la melancolía; por el contrario, la avena alegra el alma, dispone la inteligencia, el trigo en harina genera sangre, carne y vitalidad, el centeno vigoriza y alegra, el ajo crudo da fuerza y gracia, la zanahoria nutre, las almendras fortalecen los pulmones; la carne de caballo y de cerdo es nociva, no así la del cordero, buey, carnero, pato, gallina y pescado; la mantequilla, queso, leche y huevos son favorablemente saludables; la cerveza, las tisanas y el vino bebidos con moderación, en especial, el último, favorecen la circulación; la genciana favorece la actividad cardíaca, la menta ayuda a la digestión, el perejil alerta el espíritu.

Desde esta perspectiva, la salud es fuente de alegría y paz y la enfermedad de tristeza y desasosiego. En todo ello, no se debe dejar de lado la reconciliación de la vida con quien es la vida, Dios mismo.

De lo dicho, se desprende una tesis: la vida vivida con moderación, rectitud, sin excesos ni defectos, con equilibrio y consonancia desde la armonía hombre-mundo-Dios, colma de salud, alegría y paz y solventa el dolor y la enfermedad, inevitables en el transcurso mismo de su desarrollo; es ahí donde Isidoro e Hildegarda pueden resonar en el aquí y ahora de nuestra circunstancia; en todos los hospitales y casas debe hacerse una inscripción, como lo hacían los griegos en el frontispicio del templo de Apolo:

nada en demasía, o en la bella expresión de uno de los siete sabios de Grecia, Cleóbulo, el Líndico: *“lo óptimo: la medida”*, que otro de estos siete sabios, Tales, el Milesio, expresó: *“dañosa, la intemperancia”*.

Este sentido del equilibrio y la moderación lo vuelve a poner de relieve hoy uno de los pensadores de más resonancia hermenéutica: Hans-George Gadamer. En su *Apología del arte de curar*²⁵ nos dice: *“el concepto de equilibrio ya desempeñaba un importante papel en los escritos hipocráticos. De hecho, no sólo la salud del hombre invita a ser comparada con un estado natural de equilibrio, sino que el concepto de equilibrio también se presta particularmente bien, para entender la naturaleza en general... De este modo, la naturaleza es concebida como una entidad que se manifiesta a sí misma dentro de sus propios carriles”*²⁶. Y concluye: *“la pérdida del equilibrio no sólo constituye un hecho médico-biológico, sino también un proceso vinculado con la historia de la vida del individuo y con la sociedad. El enfermo deja de ser el mismo que era antes. Se singulariza y se desprende de su situación vital. Sin embargo, permanece ligado a ella en su esperanza de un retorno, como sucede con todo aquel que ha perdido algo. Si la recuperación del equilibrio natural se cumple exitosamente, el maravilloso proceso de restablecimiento le devuelve también al convaleciente el equilibrio vital dentro del cual previamente se sentía él mismo”*²⁷.

Sin embargo, desde el ágape como amor, en el frontispicio de nuestros hospitales, debe inscribirse otro eslogan: *en el amor todo debe ser en demasía*.

LOS SANTOS COSME Y DAMIÁN

La hagiografía cristiana, en una bella tradición, a cada oficio le ha dado su patrono y modelo; el de la medicina son los santos Cosme y

²⁵ En: *El estado oculto de la salud*. Barcelona: Editorial Gedisa, 1996

²⁶ *Op. Cit.*, p. 50

²⁷ *Ibid.*, p. 56; la misma idea se repite en p. 70-71, 74-75, 129

Damián; las razones son las siguientes: son conocidos como los *ánargiroi: los sin dinero, los desprendidos o desinteresados*, porque practicaban la medicina, sin aceptar ningún pago ni recompensa de sus pacientes. Eran hermanos gemelos, nacidos en Arabia; en Siria estudiaron las ciencias, en especial la medicina, en la que brillaron por sus conocimientos y habilidad. Su ejercicio estuvo empapado del ágape-amor- caridad. Vivieron en Aegeae, sobre la costa de la bahía de Alejandreta, en Cilicia, donde practicaron con éxito y acierto la medicina y fueron muy apreciados por sus conocimientos y por su sentido de la donación amorosa en el arte de curar. Fueron aprehendidos por el gobernador de Cilicia, Lisias, muriendo decapitados como testimonio de su fe cristiana.

Es la época del emperador Diocleciano, que comienza su reinado en el año 287 de la era cristiana. En Roma se les erigió una basílica alrededor del 530, con hermosísimos mosaicos, emplazada sobre el templo de Rómulo en el Foro; sobresale el mosaico bizantino que representa a Cristo sobre un fondo de nubes anaranjadas. En la célebre *Leyenda dorada*, escrita en latín hacia el año 1264 por el dominico genovés Fray Santiago de la Vorágine o de Varasse²⁸, el capítulo 143 está dedicado a ambos santos. La etimología misma hecha por el dominico es muy significativa; Cosme proviene de *cosmos* que significa modelo, adornado, puro, limpio; Damián puede proceder o de *dama*, nombre de un animal apacible y manso, semejante al gamo, o de *dogma-doctrina* y de *ana-encima*, o de *damun-sacrificio*, o de *manus Dei-mano de Dios*.

Este ejercicio etimológico le permite concluir que Cosme fue un modelo de ejemplaridad por sus excelentes virtudes limpio de todo vicio: *mundus-cosmos* como lo otro de *inmundus*.

Damián se distinguió por su mansedumbre en el trato con el prójimo, por la elevación de doctrina, por su sacrificio en la mortificación

y porque fue la mano de Dios de que éste se sirvió para curar a los enfermos. Fueron excelentes médicos en competencia y habilidad. Este ejercicio médico estuvo untado de amor y, como es obvio, de milagros como signo visible de la presencia de lo sobrenatural en lo natural; el milagro por excelencia que les atribuye fray Santiago tiene que ver con la curación de un cáncer a un hombre encargado de la limpieza y vigilancia del templo consagrado en su honor en Roma, por el papa Félix, abuelo cuarto de San Gregorio; este cáncer había corroído totalmente la pierna del vigilante; cierta noche, mientras dormía, soñó que ambos santos acudían a su lecho llenos de medicinas y de los instrumentos necesarios para su curación; el problema era cómo remplazarle la pierna que debía de amputársele por otra sana y apta; sabedores los santos que en el cementerio de san Pedro *ad vincula* habían enterrado un moro, uno de ellos se desplazó a dicho lugar, le cortó al moro una de sus piernas y regresó con ella; se le amputó al enfermo su piedra podrida, se le colocó en su lugar la del moro y el enfermo, una vez despertó de su sueño, se vio saludable, sin dolores, sana su pierna y lleno de alegría dio las gracias a los santos por su intercesión y curación²⁹.

Al lector moderno, empapado del eslogan racionalista, ilustrado y positivista: los únicos enunciados con sentido son los empíricamente verificados y matemáticamente construidos, este relato le debe parecer ficción, alienación, engaño, poder pastoral para dominar y oprimir con sus mentiras a la grey de Dios como rebaño que debe creer ciegamente lo que no se puede demostrar ni probar, un signo más de la oscuridad tenebrosa de la Edad Media y sus engendros bárbaros, supersticiosos, mágicos y míticos. Sin embargo, la presencia de lo sobrenatural y sacral en las culturas es un hecho que debe ser reflexionado y meditado; el fenómeno religioso en su dimensión cultural puede ser analizado por fuera de los marcos ilustrados y positivistas, como lo han hecho hoy

²⁸ SANTIAGO DE LA VORÁGINE. *La leyenda dorada*. 2 vol. Madrid. Alianza Editorial, 1982

²⁹ *Op. Cit.*, vol. 2, p. 615-618. Nótese, de pasada, que la hodierna medicina de los transplantes ya está en este estremecedor relato; por no conocer la tradición, siempre *se llueve sobre mojado*

con el mito estudiosos de la religión como Eliade, Strauss, Dumézil, Ricoeur...

El mito, lejos de ser lo irracional, lo ficticio, lo inventado por los poetas para engañar, la etapa precientífica de la humanidad superada por la consolidación de la ciencia y su esplendor de verdad, explicación y demostración apodíctica y metodológica, ha pasado a ser estudiado como manifestación cultural que posee su propia racionalidad, verdad y esplendor; tiene su *lógos* y desde este *lógos* no es fábula, cuento, torpeza infantil y necia; es una manera de habitar y comprender el mundo, la vida, la relación hombre-mundo-dios como manifestación de lo sagrado; nos pone en tiempos y espacios sagrados dignos de ser actualizados en el rito como manifestación de la potencia sagrada; allí se da cuenta de la condición humana y sus experiencias de sentido; es un conocimiento para orientarse en el mundo, saber de sí mismo, desencadena cuestiones y preguntas sobre las postrimerías culturales del hombre: la muerte, el mal, el dolor, la enfermedad, lo divino, la precariedad de la existencia humana, la incertidumbre de su destino, el sentido del ser como no ser, el ámbito de lo utilitario, la pregunta por los orígenes como *arché*, la cuestión por la aparición de las cosas, el conflicto de los valores y las valoraciones, la guerra y sus miserias...

El mito como experiencia religiosa de lo sobrenatural sagrado, lejos de ser una mentira absurda, estúpida y banal, es una experiencia de sentido que ve la gloria de lo divino en su misterio y esplendor, como experiencia fascinante y tremenda, según la caracterización de Rudolf Otto. No es la fantasía fastasmal del miedo sudando y generando dioses para explicar lo que no se puede explicar; es la experiencia del comprender y del creer, según la expresión de Ricoeur, que a través de sus creaciones simbólicas, permite que el hombre se comprenda en sus relaciones consigo mismo, con los otros, con las cosas y con lo divino; en los mitos se

revela que el mundo, el hombre y la vida tienen su origen, que lo sobrenatural es significativo, precioso y ejemplar.

Desde lo dicho, el mito de Cosme y Damián no es la tontería de la creación medieval para embaucar ingenuos y aniquilarlos en el temor a lo sagrado y a los pastores que lo representan; es una narración y una narrativa que despliega sus posibilidades de sentido desde el horizonte de lo sacro y su encarnación en las cosas, los hombres y los símbolos. El mito narrado tiene la misma consistencia de un diálogo platónico, el *discurso del método*, *la crítica de la razón pura*, *la fenomenología del espíritu*, *ser y tiempo*, *el ensayador*, *el manual de diagnóstico etiológico*... Esta consistencia es su relación con lo sagrado como dimensión de sentido vitalmente asumida y cantada. Es que la vida humana también está tocada de experiencias taumatúrgicas y de la presencia de lo divino en la historia³⁰.

EN DIÁLOGO CON HANS-GEORGE GADAMER

Ya hemos citado al célebre pensador alemán y su colección de ensayos intitulada *“El estado oculto de la salud”*. Queremos acercarnos a este texto desde la perspectiva que ha animado este nuestro ensayo: la antropología de la medicina y del hospital como servicio al hombre. En el ensayo titulado *teoría, técnica, práctica* hay una tesis gruesa que compartimos plenamente: toda indagación, incluso científica, es una experiencia del hombre; como experiencia del hombre no puede prescindir de las curaciones practicadas por el *homo religiosus*, que algo le enseñan al médico o el saber del poeta. Esta tesis le permite al pensador alemán concluir sin ambigüedades: *“así, y sólo así, la ciencia del hombre estará al servicio del conocimiento que éste pueda tener de sí mismo y, por consiguiente, al servicio de la praxis”*³¹. Esta antropología necesaria a todo conocimiento sobre el hombre es lo que posibilita el ascenso de la humanidad como humanamente

³⁰ Cfr. BLOCH, Marc. *Los reyes taumaturgos*. México: Fondo de cultura económica, 1988

³¹ *Op. Cit.*, p. 44

humana. En el ensayo 3: *acerca del problema de la inteligencia* rescata el sentido aristotélico de la inteligencia como *phrónesis*: el deliberar, juzgar y decidir para estar oportuna, conveniente y adecuadamente a la altura de las circunstancias. El ejercicio antropológico de la medicina y del hospital tiene que ser *phronético*, es decir, *kairológico*, sin normas universales como las del mercado y la competencia; tiene que buscar en cada momento lo correcto en términos éticos y sociales, no económicos, verdadero monstruo de la inteligencia humana.

El ensayo 4: *experiencia de la muerte*, medita sobre lo que hemos denominado una de las experiencias límite de la cultura humana: la muerte; ante ella, la ciencia y la técnica se revelan incapaces en sus capacidades; ante ella, sólo cabe decir con Hans Carossa, las palabras que Gadamer asume como propias: “no oímos el susurro de Dios, sólo lo oímos cuando enmudece”³². Es que la muerte, incluso reprimida, muestra su cara: el miedo ante su misterio, el estremecimiento ante su sacralidad, la inquietud que provoca el silencio o la ausencia definitiva de alguien que hasta hace poco aún vivía³³. Líos como el más allá y la inmortalidad afloran ante esta radical experiencia³⁴, ante la cual “las propuestas de la Ilustración científica chocan con los límites insuperables ante el misterio de la vida y de la muerte”³⁵.

El título del ensayo 5 es: *experiencia y objetivación del cuerpo*. Compartimos su tesis: la ciencia moderna y su ideal de objetivación se han convertido para todos en una tremenda alienación³⁶; ante ello, la razón instrumental y su potencial abismal, tiene que preguntarse por nuestro estar-en-el-mundo³⁷ y ser-ahí³⁸, con su experiencia del sufrimiento y del dolor³⁹; sólo una conciencia del todo humano como cuerpo y alma es la vía para responder a estas inquietudes del dolor; es que el ser humano también es espiritual⁴⁰, tiene su *oikos* como ser en relación consigo mismo y con los otros⁴¹, *oikos* que tiene su escala de valores: “esto significa que, en la revisión clínica de hoy, se nos reconstruye como sobre la base de un fichero. Si se han extraído las fichas que corresponden, los valores serán los propios. El problema que subsiste es si entre ellos también figura nuestro valor como persona”⁴².

Esta experiencia hermenéutica del otro es el placer de la responsabilidad compartida, de la auténtica convivencia y de la recíproca entrega de los seres humanos⁴³. Desde esta analítica, la tarea del médico es: “lograr no sólo que el paciente se recupere, sino también devolverle la unidad consigo mismo al reintegrarlo a su capacidad de hacer y a su ser”⁴⁴. Gadamer ve que esta misión fue cumplida a cabalidad por el médico Víctor von Weizsäcker: “demostró su

³² *Ibid.*, p. 79

³³ *Ibid.*, p. 82

³⁴ *Ibid.*, p. 83

³⁵ *Ibid.*, p. 83

³⁶ *Ibid.*, p. 87

³⁷ *Ibid.*, p. 89

³⁸ *Ibid.*, p. 90-91

³⁹ *Ibid.*, p. 92

⁴⁰ *Ibid.*, p. 93

⁴¹ *Ibid.*, p. 97

⁴² *Ibid.*, p. 98

⁴³ *Ibid.*, p. 100

⁴⁴ *Ibid.*, p. 104

*estatura humana y espiritual al decidir a favor del enfermo en todas las opciones de su vida, al reconocer, en presencia de la enfermedad, el gran enigma del estar sano y al buscar hacer siempre el bien*⁴⁵, que *“reunía la genial capacidad de observación del gran médico y la abierta disponibilidad para el prójimo”*⁴⁶; un médico de esta estatura es un médico con una excelente formación científica y experimental, que a su vez oriente su pensamiento en dirección de todo el ser humano⁴⁷.

En griego, esta totalidad del hombre se expresa con la palabra *holon*: lo sano, lo entero, lo vital en su totalidad⁴⁸; desde esta totalidad, el mundo no es sólo lo que se puede conocer científicamente, es también el mundo de la vida; unirlos es la gran tarea de la medicina⁴⁹.

Si lo anterior tiene sentido, es porque el término *terapia* significa *servicio, cautela, consideración*⁵⁰. La autoridad terapéutica del médico reside en su capacidad de servir con cautela y consideración. Kant le proporciona a Gadamer la formulación imperativa de este servicio: *“nunca debes utilizar a un ser humano exclusivamente como medio; lo debes reconocer también como el fin que es realmente en sí mismo”*⁵¹. Este imperativo categórico es una exigencia impuesta a nuestro amor propio y a su avasalladora violencia, que lleva al respeto

al otro⁵² que, en la medicina, se concreta en el tratamiento y la conversación, tema del ensayo 10, titulado precisamente así⁵³: la medicina es un diálogo que transforma a los dialogantes para un mejor vivir, que nunca puede estar rasurado por el medir-chequear instrumental⁵⁴: *“no existe sólo lo medido por medio de un instrumento de medición, sino también lo medido en el sentido de lo medido, lo apropiado”*⁵⁵. Gadamer recupera así la distinción platónica entre el *metron* (lo medido instrumentalmente) y el *metrion* (lo apropiado que nunca se puede medir instrumentalmente); si esta distinción se inserta en la terapia como diálogo, la conclusión es significativa: *“lo que está en juego en la relación entre el médico y el paciente es este estar-alerta, que constituye un deber y una posibilidad del hombre; es decir, es la capacidad de captar bien la situación del instante, y de entender al hombre con el cual uno está frente a frente en ese instante y de responderle como corresponde”*⁵⁶. En la vida humana, tocada por la angustia y el miedo, condiciones fundamentales de nuestra existencia y de nuestro ser-ahí como un estar alerta conciente de su ser preñado del no ser y de la muerte, el conocimiento de dominio, a pesar de su seguridad, no ha quitado la inseguridad y la angustia; incluso ha generado la era de la responsabilidad anónima. Esta angustia es *“es el honor ontológico del hombre”*⁵⁷, honor que remite a postrimerías hermenéuticas: los misterios

⁴⁵ *Ibid.*, p. 104

⁴⁶ *Ibid.*, p. 107-108

⁴⁷ *Ibid.*, p. 105

⁴⁸ *Ibid.*, p. 105-106

⁴⁹ *Ibid.*, p. 118

⁵⁰ *Ibid.*, p. 125, 144

⁵¹ *Ibid.*, p. 139

⁵² *Ibid.*, p. 139

⁵³ *Ibid.*, p. 141-154

⁵⁴ *Ibid.*, p. 146-147

⁵⁵ *Ibid.*, p. 148

⁵⁶ *Ibid.*, p. 153

⁵⁷ *Ibid.*, p. 176

del comienzo y del fin, del ser y de la nada, del nacimiento y de la muerte y del bien y del mal⁵⁸; allí filosofía y medicina en tanto ejercicio hermenéutico copulan pues se dan cuenta que “*el alma es la vida del cuerpo*”⁵⁹.

Este diálogo con Gadamer es una reivindicación del sentido antropológico de la medicina y del hospital, tesis que hemos querido plantear como telón de fondo de nuestro ensayo; sin este telón de fondo, la vida, la filosofía y la medicina se convierten en mero ejercicio instrumental, vacío de sentido y lleno de mediciones y laboratorios sin rostro humano.

EPÍLOGO

Haciendo resonar al Oscuro de Éfeso: “*el Señor, cuyo oráculo está en Delfos, ni demuestra ni oculta, sugiere e indica dando señales*”⁶⁰, más que conclusiones nos arriesgamos a dar señales como indicaciones. La primera tiene que ver con los ya analizados *metron* y *metrion*; recordamos que, una vez culminados nuestros estudios de filosofía, de aquellos profesores que sólo ejercieron su docencia e investigación desde el *metron* como nota cuantitativa, fuimos sus alumnos, no sus discípulos; de los que las ejercieron como *metrion* fuimos sus discípulos, puesto que influyeron en nuestra vida y en sus misterios fundamentales; todavía los recordamos con alegría, gratitud y admiración; su *metrion* nos provocó, incitó y entusiasmó; con ellos aprendimos que la filosofía, además de ser una forma de saber, es y ante todo, una forma de vivir: el despliegue de la *epimeleia* como *epimeleisthai*; lo mismo aprendimos de nuestro padre médico: en el *metron* hallaba el *metrion*. Este es el reto antropológico de médicos, pacientes y hospitales: hacer que los dos copulen y se den la mano en un diálogo fecundo de humanidad y humanismo, no contra

la ciencia, la técnica y la tecnología sino desde ellas mismas como posibilitantes del cuidado de sí, de los otros, de las cosas y de lo divino.

La segunda es una reflexión del profesor Pedro Lain Entralgo que compartimos totalmente: “*bajo forma de mandamiento ético, queda prescrito el deber del cristiano de atender al enfermo sólo por obra del amor de efusión (ágape). La filantropía como fuente de la philotekhnía de los hipocráticos, <el amor al arte> como consecuencia del <amor al hombre>, se convierte en caridad operativa para con la real y concreta persona del doliente, sólo porque en él, por modo misterioso, <está Cristo>*”⁶¹. En el ejercicio de la medicina, debe resonar lo de San Benito: “*el cuidado de los enfermos debe ser ante todo practicado como si, dispensándolo a ellos, al mismo Cristo se lo dispendase*”. El que no esté tocado de ágape que se preñe de *philia-amicitia*: ver en el paciente, no el objeto de curación sino el amigo de sanación. En una intertextualidad con la medicina árabe, bien vale la pena recordar que la medicina árabe medieval distinguió el *tabid*, el médico como un mero profesional de su arte. Y el *hakim*, el médico como verdadero sabio en tanto llenaba tres excelencias:

1. La intelectual, por su sabiduría teórica y práctica.
2. La ética médica: sólo un hombre de buenas costumbres puede ser un buen médico y sólo quien vea en la enfermedad la presencia de Alá la atenderá debidamente.
3. La ética-pedagógica: el médico es un maestro y un amigo⁶².

La tercera es una reflexión que tiene que ver con la medicina y el hospital desde el *homo viator* de Marcel: el hombre tiene ante sí la alternativa entre ser y tener, entre diluir su vida en el mundo

⁵⁸ *Ibid.*, p. 181.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 187

⁶⁰ Fragmento 93

⁶¹ *Historia de la medicina*. Bogotá: Salvat Editores, 1980, p. 114

⁶² LAIN ENTRALGO, Pedro. *Op. Cit.*, p. 139-140

de la objetivación, de la posesión y de la técnica o dándole sentido a lo anterior, de vivir la vida como misterio: fidelidad, amor, compromiso y experiencia sacral y mística. En este viaje que es la vida, el problema puede solucionarse; lo hacen las ciencias y su verificación matematizadora; el misterio no se soluciona, se vive; en esta vivencia del misterio vital, incluida la salud y la enfermedad, sólo la fiducia como esperanza y confianza entre el yo-tú-él conformadora del nos-otros es la carta de navegación para arribar al puerto seguro del saber vivir bien y afrontar la situación límite del dolor y la enfermedad.

La cuarta es una idea sacada de ya citado Isidoro de Sevilla. Al ocuparse del cuidado de los enfermos recomienda diligencia, fortaleza y humanidad empapadas de servicio; es que

el oficio de médico en tanto oficio tiene esta etimología: "*Officium se deriva de efficere, esto es, ejecutar, como si en officium por la belleza del lenguaje se hubiere variado una letra, o más bien para que cada cual obre de manera que ayude a los demás y no que ofenda*"⁶³. Finalmente, una última indicación. No estamos satanizando la racionalidad científico técnica; es nuestro *ethos* vital hodierno; hay que darle la bienvenida y desplegar velas desde sus anclas; el reto es desplegar estas velas desde sus anclas como *epimeleía*; de lo contrario, la ciencia, la técnica y la tecnología se vuelven una navegación tempestuosa y abismal que despliega sus velas sin el ancla del cuidado de sí, de los otros, de las cosas y de lo divino; es Prometeo abismalmente aterrador y destructor.

⁶³ *Étimologías VI*, 19, 1. El santo juega con las palabras *efficere-ejecutar* y *officere-ofender*. Toca al que ejerce un oficio servir o ofender, pues sólo una letra cambia su sentido